

*EL PROCESO DE DROGADICCIÓN COMO PROCESO DE ENAMORAMIENTO**

JESÚS VALVERDE MOLINA **

Estudiar las vidas allí donde son vividas, es lo que se pretende en éste artículo. Demasiadas veces el diagnóstico es *“lo que yo creo que te pasa a ti desde mi realidad y al margen de la mía”*. Por el contrario, concibo el diagnóstico como un proceso de comprensión del otro. Por ello, se ofrece una visión del proceso de drogadicción como un proceso de enamoramiento para tratar de entender la inmensa intensidad con que se vive la droga.

Puede resultar ocurrente, pero no pretendo serlo. Lo que sí pretendo es enfatizar la importancia del proceso desde el punto de vista del muchacho afectado y la necesidad de estudiarlo desde él mismo, no desde mí. A mí y a los demás investigadores del mundo de la drogadicción, nada nos conduce a la droga. Nuestra vida está más o menos estructurada y pertenecemos, querámoslo o no, al grupo normativo. En cambio, la historia de vida de las personas con las que trabajo no se parece en nada a la mía. Ya lo hemos visto. Por eso he de centrarme en su vida, en sus emociones, en su percepción del mundo para poder conocer y comprender, elementos esenciales para poder compartir, que, en mi opinión, como ya he expuesto, es el requisito previo para poder intervenir.

Por eso, el proceso de drogadicción que han vivido los muchachos con los que trabajo muy bien puede ser descrito como un proceso de enamoramiento y sigue, al menos en sus líneas generales, el mismo camino.

EL LIGUE: la atracción, el “flechazo”. Responde a la atracción que supone la droga para este tipo de muchachos.

El niño en situación de pobreza vive la exclusión desde los primeros años de su vida, incluso antes de que se abra al mundo directamente, a través de la experiencia de sus padres y demás adultos que le rodean. Más tarde, esa exclusión la vivencia en todo el contexto en el que vive y la va internalizando, dejando una secuela, más o menos consciente, de desánimo, de no pertenencia al grupo de los que poseen. A esto se le van sumando los efectos de la percepción de unos modelos paternos desvalorizados, una escuela lejana y frustrante y unas expectativas de trabajo, o una realidad laboral, de la que no puede esperar gran cosa.

Necesita, imperiosamente en función de su primariedad, un montón de cosas a las que no tiene acceso, a una edad en la que la inmadurez es una característica evolutivamente normal en el ser humano, con lo que no posee controles internos suficientes y con unos

* Conferencia presentada en el II Simposio sobre Adicciones y Violencia, organizado por el Centro de Estudios e Investigaciones sobre Adicciones y Violencia de la Universidad Católica de Colombia.

** Profesor Titular, Facultad de Psicología. Universidad Complutense de Madrid-España.

controles externos posiblemente débiles debido a una percepción desvalorizada de los modelos paternos. Entonces, de una manera u otra, se va a presentar la oportunidad de probar la droga. Ciertamente, siempre ha estado ahí, y es un elemento habitual en su contexto de vida. Tal vez, incluso haya llegado a resistir en algunas ocasiones, pero acabará probándola en un momento u otro, y del resultado de esas primeras ingestas puede depender su futuro. Si su vida está más o menos normalizada, si su contexto familiar, escolar, etc., es suficientemente estable, tal vez pueda no engancharse y tener únicamente esporádicas inclusiones en el mundo de la droga. Pero si no es así, si la presión anómica le ha golpeado con fuerza, si su contexto inmediato le transmite inseguridad y frustración, si ya ha saboreado el fracaso escolar, etc., tendrá muy pocas posibilidades de resistirse a la indudable atracción de la droga.

De ahí el peligro de la primera ingesta, cuando encuentra un terreno abonado y el resultado es tan espectacular que reduce muy significativamente las escasas resistencias que el chaval pueda tener.

No en mi vida, pero sí en la suya, la droga puede llegar a ejercer una atracción irresistible para niños que solo tienen el deseo de tener lo que se les incita a tener pero sin posibilidades de conseguirlo.

Comienza, pues, un “*coqueteo*” con la droga, como un juego de seducción amorosa. Pero no se juega con la droga. Por eso el período de ligue dura poco.

El muchacho, a unas edades tempranas, difícilmente puede entender el peligro. Claro que conoce el riesgo. Se lo metemos por todas partes en las múltiples campañas antidroga a las que está sometido, pero es difícil que las entienda, porque apenas van dirigidas a él, sino a niños y adolescentes de clase media. Nadie que aparece en los anuncios de televisión son como él, y los barrios que aparecen son como el suyo, ni los colegios en los que se graban tienen ningún parecido con el suyo. Además, el riesgo es un aliciente importante en esas edades, sobre todo cuando no se tiene nada y la autoestima es bastante deficiente.

EL “NOVIAZGO”: cuando descubren el poder de la droga.

Por eso pueden llegar a “*enamorarse*” de la droga, porque les ofrece lo que nadie les ha ofrecido nunca. Y lo cumple, al menos por el momento. La droga les seduce, como un maravilloso “*canto de sirena*”. Nunca nada ni nadie les ha dado tanto:

En primer lugar, un muchacho que nunca se ha sentido nada, porque no ha tenido ningún motivo para desarrollar una imagen de sí mismo positiva, con la droga se va a sentir poderoso. Su autoconcepto “*se pone por las nubes*”.

En segundo lugar, incluso llegará a una “ridiculización” de la adaptación social. Frente a él, los que se adaptan, los que aceptan el rol de mano de obra barata y temporal que el sistema social les asigna, él vive “*como Dios*”, y sin ningún problema, todavía. Esta **ridiculización de la adaptación social** va ser un elemento esencial del paso de la exclusión a la inadaptación, de sentirse excluido a asentarse en la diferencia y sentirse superior, para lo que la droga, a su vez, va a ser un magnífico amplificador.

En tercer lugar, llegará a una euforia con frecuencia desmesurada, incluso a una percepción eufóricamente exagerada de sí mismo. Todo es “*de color de rosa*”, aunque ese

“todo” se va reduciendo peligrosamente cada vez más a la droga, como esas novias o novios celosos que van haciendo que la pareja se vaya desprendiendo imperceptiblemente de los viejos amigos, eso sí, dándote mucho a cambio, de manera que no lo notas hasta que es demasiado tarde y te has quedado solo.

Por eso, en el prólogo del libro que dediqué a la droga, (VALVERDE, 1996) Javi hablaba de “*la maldita y maravillosa droga*”, de “*ese dulce demonio que son las drogas*”.

En consecuencia, se va a ir separando de los amigos que no comparten su modo de vida y vinculándose a los que son como él, potenciándose en grupo el **sentimiento de superioridad** que da la conducta desadaptada en sus comienzos y antes de la intervención de las instituciones de control social. Más tarde vendrá la percepción de la propia vulnerabilidad. Pero eso será más tarde. Por ahora, la droga es un magnífico antídoto contra la ansiedad y la frustración. La droga no sólo evita el dolor y la frustración sino que proporciona un **bienestar inmediato** que no podría alcanzar de otra manera.

LA “LUNA DE MIEL”: cuando la droga y la conducta desadaptada les hace vivir como nunca soñaron.

Será, por tanto, un matrimonio por amor, un amor intenso y excluyente. Y será también un amor inolvidable. Incluso muchos años después, cuando ya han vivido y sufrido las etapas que vienen a continuación, el recuerdo de este período es enormemente contradictorio. Por una parte piensan, incluso obsesivamente: “¿cómo no me di cuenta de lo que se avecinaba?” “y, por otra, es un recuerdo dulce y apasionante, incluso por las mismas causas, porque a menudo es lo único grato que recuerdan en sus vidas.

Y es que nunca volverán a vivir como ahora. La droga les da todo y lo que les pide a cambio no es difícil de conseguir, todavía:

En primer lugar, su nivel de drogadicción no es aún muy elevado. Incluso es posible que realice una especie de controles. Está un tiempo sin consumir y “no pasa nada”, con lo que sus miedos desaparecen: es la fase de “*yo controlo*”. Eso sí, esos períodos sin consumir cada vez son más cortos, pero, con la euforia de la droga y de lo que está viviendo en este período peligroso pero apasionante, es difícil que se de cuenta.

En segundo lugar, claro que la droga es muy cara, y él no tiene dinero, pero acude al dinero fácil de la delincuencia. Fácil por el momento, claro, pero con su elevado nivel de primariedad y su escaso desarrollo cognitivo, tampoco se va a dar cuenta. Vive al día, “*deprisa, deprisa*”, y eso es lo que cuenta. Son los mejores momentos de su vida.

En tercer lugar, hace ya tiempo que comenzaron los conflictos familiares. Pero tampoco le importa. Está “*casado*” con su droga, que también cubre sus necesidades afectivas, que son muy pocas en este momento. La familia es simplemente una molestia y les ve lo menos posible, ni le entiende ni necesita que le entiendan. Por eso los ve lo menos posible, casi no se da cuenta de su existencia.

Además, cada vez necesita menos a los amigos, con lo que no se da cuenta de que se está quedando solo. De todas maneras, esos amigos –colegas más que amigos– probablemente no le echarán de menos porque es muy posible que estén siguiendo el mismo proceso.

Cada vez necesita más dinero, y cada vez esta más “disparado”, con lo que comete más errores en sus comportamientos delictivos, Por ello comienzan pronto los conflictos institucionales. Mientras es menor de edad, va llevándolos “mal que bien”, aunque las instituciones de menores pronto se le van a atragantar, porque ya no son lo que eran y ahora incorporan herramientas penales que no serán muy eficaces en la reinserción, pero sí son ya duros en la punición. Es decir, la luna de miel es intensa pero, como todas, dura poco. Y muy pronto van a comenzar los problemas.

LOS PRIMEROS PROBLEMAS: la primera crisis matrimonial. La luna de miel termina, pero el “matrimonio” aún funciona .

La droga es una amante celosa que no está dispuesta a compartirlo con nada ni con nadie. Por eso se ha quedado solo. Hasta ahora no se daba cuenta. A partir de este momento es muy posible que sí, aunque todavía no le da importancia. Tiene bastante con su droga, pero...

Cuando comienzan los problemas, cuando va percibiendo que necesita cada vez más droga, cuando comprende que ya no controla nada, cuando han perdido interés todas las demás cosas que antes compartía con la droga, cuando comienza a sentir “en su propia piel” que las instituciones de control social son mucho más poderosas que él, cuando comienza a sentirse mal sin saber por qué, cuando cada vez dura menos y es menos intenso el placer que le proporciona una dosis, va comprendiendo que las cosas han cambiado y, tal vez, que esa vida maravillosa que da la droga exige mucho a cambio.

Si es así, si aún le quedan fuerzas y alguien que pueda ayudarle, si su conducta desadaptada no le ha llevado a la cárcel, si la droga no le ha provocado un serio deterioro cognitivo, tiene una posibilidad de salir. Pero si no, continuará con ese amor autodestructor con la droga, que a partir de ahora va a ser una relación de amor-odio, profundizando, ya de una manera cada vez más consciente, en un proceso de deterioro acelerado.

Aunque sea paradójico, cuanto más rápido sea ese proceso, más posibilidades tiene de reaccionar, cuanto antes se pongan las cosas realmente mal, antes podrá dar el “grito por la vida” que ya está necesitando desesperadamente, aunque todavía es muy posible que no lo tenga maduro.

El problema es que la droga no está dispuesta a perderle. Su “pareja” tiene estrategias para retenerle y posiblemente él esté muy debilitado, emocional, cognitiva y relacionalmente.

En todo caso, es el momento de la “**percepción de la propia vulnerabilidad**”. A partir de entonces, las cosas ya no volverán a ser como antes. Tendrá que adaptarse a la nueva situación, y también ahora lo hará eficazmente, aunque para ello sus consistencias comportamentales tengan que experimentar modificaciones profundas y también cambien las características de su conducta de drogadicción.

DE LA “RUTINA” AL “DESENCANTO: “todavía no lo puedo dejar”.

También la droga le va a “ayudar” ahora, pero con una ayuda que le precipitará cada vez más rápidamente en la autodestrucción.

Ya es plenamente consciente de que esa compañera maravillosa que era la droga se ha

convertido en una “amante” cruel que le atenaza y le impide vivir, que ya no cabe felicidad alguna con ella. Está plenamente desencantado y “desenamorado”, pero: *“todavía no la puedo dejar”*.

Ocurre como, cuando en una relación amorosa, al menos uno de los miembros llega al desencanto, cuando se da cuenta de que esa relación no es, o no es ya, lo que había querido, o lo que había creído, y sin embargo sigue adelante, sin romperla, porque teme más al vacío de la ruptura que al desencanto. Y sigue adelante, sin saber por qué, por inercia, sin futuro y sin ilusión.

Por eso, la drogadicción cambia de signo (VALVERDE, 1996): primero consumía para sentirse mejor, mayor, más fuerte, más eufórico, más respetado, etc. y, poco a poco, sin darse cuenta, consume para no sentirse mal, frustrado, triste, ansioso, inquieto, preocupado, etc.; sentimientos difusos, que no es capaz de concretar.

Mucho más tarde, cuando volvemos juntos sobre esos sentimientos, ya sí es capaz de reconocer, porque ha tenido mucho tiempo para experimentarlos pero, en mi opinión, los interpreta parcialmente.

Sistemáticamente me cuentan que se debían a la falta de droga, porque cuando volvían a “darse un pico”, desaparecían. Desde mi perspectiva, estos sentimientos se intensifican con la ausencia de la droga, pero no sólo se deben a eso, sino también al vacío generalizado que les va dejando su historia de vida, de la que ya, al contrario de lo que ocurría en la etapa anterior, no tienen nada que les haga sentir ningún tipo de bienestar.

Se va enganchando sin percatarse de ello. Cada vez pasa menos tiempo entre cada dosis, mezcla más sustancias, dedica más tiempo y atraviesa más peligros para conseguirla, necesita más cantidad para conseguir los mismos efectos y dedica menos tiempo en otras cosas. Es decir, **la droga va usurpando el protagonismo de su vida**.

Paralelamente, su carácter va cambiando, se va haciendo más **taciturno**, más **descontrolado**, más **inafectivo** y **lábil** y, sobre todo, más **egoísta**. En consecuencia, se va haciendo más **solitario**.

Se ha quedado solo y ya lo sabe plenamente y la soledad en la cárcel es mucho más agobiante. Cuando, como sucede con harta frecuencia, se producen los primeros internamientos penitenciarios, la cárcel complica mucho más las cosas y “justifica” mucho más plenamente el aferrarse a la droga, no como “tabla de salvación”, sino como intento desesperado y patético de evadirse mentalmente de los muros físicos que le encierran. Aquí ya adquiere dramática validez la frase que explica con toda claridad por qué se drogan los presos en la cárcel: *“así le quito unas horas al juez”*.

La droga, además, le “ayuda” a olvidar los “muros mentales” que le tienen encerrado desde hace mucho tiempo. En esos primeros encerramientos, necesita la droga. Está en un estado de profunda indefensión, mucho más acusada en función de cómo ha sido su vida inmediatamente anterior (VALVERDE, 1991). Y se aferra a lo que tiene: su amor, su droga, demandando una ayuda que ya no le va a dar, al menos en la dirección que necesita, aunque sí le va a ayudar a soportar la cárcel, porque la droga es necesaria en la cárcel, al menos en las primeras etapas de su presumiblemente larga historia penitenciaria:

La drogadicción en la cárcel no sólo es un fenómeno habitual y un elemento esencial

en ese sistema social alternativo que es la prisión, sino uno de los más importantes mecanismos de adaptación al entorno penitenciario y, como tal, cumple los siguientes objetivos:

La droga como evasión. Ante la enorme superioridad y la violencia de la institución penitenciaria, e impedidas en gran parte las posibilidades de fuga, el recluso necesita sistemas alternativos para evadirse, al menos mentalmente.

Como, por otra parte, se trata de personas con un alto nivel de primariedad y con un escaso nivel de desarrollo cultural en función de su aventura biográfica, que les permita formas alternativas de evasión, como el estudio, la lectura, etc., la fuga más habitual, porque está permanentemente presente en la cárcel, es la droga. Drogarse es como fugarse; cuando está bajo los efectos de la droga no le importa la cárcel, ni los funcionarios, ni las rejas, ni siquiera el tiempo. No está allí. Por eso, aún cuando el preso haya llegado a la cárcel ya con un alto nivel de consumo, allí se va a disparar, lo va a elevar alarmantemente y, como no puede elegir, va a consumir todo lo que encuentre, sea lo que sea, en una mezcla increíble de sustancias, a cual más tóxica, con lo que la dependencia de la droga, y de los que la venden, se va a convertir en el único eje de su vida.

La droga como forma de matar el tiempo. En segundo lugar, me acabo de referir al impacto de la lentitud de la cárcel frente al vivir previo “deprisa, deprisa”. En este sentido, la droga cumple la función de adaptarse a esa lentitud; permite estar “plácidamente”, sin hacer nada, tirado en el patio, sin darse cuenta de ello. Le ocurre como a los fumadores, que cuando nos aburrimos, fumamos más, como manera de pasar el tiempo, y sin darnos cuenta.

Así pues, como no tiene nada que hacer, se droga. Parece una explicación simple y, desde luego, no es la única, pero no debemos menospreciarla, porque estar sin hacer nada es uno de los factores esenciales que convierten el patio de la cárcel en un ámbito extremadamente peligroso y poderosamente desestructurador de la propia autoestima. Una vez más, hemos de ser capaces de llegar hasta la realidad de este muchacho, que ha vivido “sumergido en la acción”, apurando la vida hasta la última gota. La droga, pues, funciona a modo de tranquilizante, aunque también, cuando se acaben sus efectos, llevará al individuo a un elevado nivel de ansiedad.

La droga como defensa contra la ansiedad. En el mismo sentido, tanto la anormalización, la violencia y el poder de la cárcel, que hace que el joven sea ya plenamente consciente de su **vulnerabilidad**, como su lentitud, provocan un elevado nivel de **ansiedad**, aumentando aún más el que padecía previamente.

Por ello la droga constituye un importante mecanismo de defensa contra la ansiedad, ya que permite alcanzar un estado de serenidad y bienestar no alcanzable de otra manera. Constituye, pues, un descanso, una interrupción momentánea –aunque es difícil que esto sea percibido por el recluso– de la monotonía y la tensión de la vida diaria.

La droga como enfrentamiento con el sistema penitenciario. Como la droga es, además, algo prohibido, se utiliza también como una forma de enfrentamiento con la institución, y de autoafirmación frente a la misma. Tampoco este aspecto ha de ser menospreciado. El muchacho ha aprendido a basar su autoconcepto en el enfrentamiento contra la sociedad

“normal”, como un mecanismo de defensa contra la exclusión; enfrentándose se sentía poderoso.

En la cárcel, esa **exclusión** alcanza sus niveles más elevados y, en consecuencia, exige una **radicalización del enfrentamiento**. Pero la cárcel es muy poderosa y tiene como principal objetivo su sometimiento y él es muy débil y vulnerable.

Así pues, no sólo el enfrentamiento no le va a servir de autoafirmación, sino que le va a acabar destrozando, sobre todo psíquicamente, mediante la aniquilación de la propia autoestima. Pero eso todavía, en estos primeros internamientos, no lo sabe. Lo va a ir aprendiendo con el tiempo. Lo que pasa es que cuando lo comprende, con frecuencia es ya tarde y, o no puede cambiar, o la cárcel no le permite que cambie, ejerciendo sobre el preso una represión, no pocas veces gratuita, incluso con la finalidad –no sé si consciente o no– de sentir el poder mediante el aniquilamiento del otro lo que, a su vez, va a provocar un aumento de la **autodefensa** y del **egocentrismo** a ultranza del preso, ya muy acusado en función de la droga y de su historia de vida, aumentando también sus niveles de **soledad**.

Eso ocurre, en su máximo nivel, con los famosos “presos de circular”, aquellos que han sido etiquetados por la institución penitenciaria como irrecuperables o, más bien, irreductibles. En ellos se centra la máxima capacidad de violencia institucional, en mi opinión, con el objetivo claro y tajante de su aniquilamiento, de la dominación del preso mediante la destrucción de su mente.

La droga sirve para muchas cosas en la cárcel. Para resumir, sirve, sobre todo, para “pasar” de todo, para olvidar ese mundo donde nada tiene que hacer, desde su experiencia y sus **expectativas de perdedor**, desde su vulnerabilidad, acabando de perder por completo su función previa de obtener placer, simplemente para evitar o paliar el dolor. Por eso, en la cárcel, la droga se vincula al “comportamiento de retirada”, para recibir el menor daño posible ignorando el mundo exterior y refugiándose en ese “paraíso artificial” de las drogas de que tanto se ha hablado.

Así pues, incluso las aportaciones de la droga a la vida del preso son negativas. Pero, además, la droga tiene sobre él unas consecuencias directamente nocivas muy poderosas; al menos las siguientes:

Tráfico y poder. Puesto que es algo muy apreciado en el ambiente social de la prisión, es también un elemento fundamental de tráfico y, por tanto, de estructuración del poder en el centro. El grupo que controla la droga controla la prisión y toda la compleja red que supone ese sistema social alternativo. A ese poder ha de someterse el preso para conseguir la droga y, como suele carecer de medios para pagarla, se va a hipotecar absolutamente, perdiendo los escasos residuos de libertad que le pudieran quedar.

La droga como generadora de ansiedad y destrucción. Aunque la droga comience siendo en prisión un mecanismo de ajuste al medio, acaba destruyendo al individuo, física y mentalmente, y su propia vida acaba estando al servicio exclusivo de una búsqueda incesante de droga.

Si bien al principio es una defensa contra la ansiedad, rápidamente llega a aumentarla hasta tales límites que el individuo atrapado acabará haciendo cualquier cosa para conseguirla, lo que, a su vez, será utilizado por los grupos de poder para someterlo y

utilizarlo, aumentando así los ya altos niveles de violencia en el centro penitenciario.

Droga y SIDA. Por último, la falta de higiene con que se utiliza, especialmente cuando se inyecta, al menos en parte a causa de su prohibición, y la utilización de una misma jeringuilla a veces por un gran número de reclusos, lleva al alarmante desarrollo en las prisiones de enfermedades tales como la Hepatitis B y el S.I.D.A., que no sólo las convierte en graves focos de infección sino que en un futuro muy próximo, pueden conducir a una gran mortalidad en las cárceles, lo que difícilmente podrá impedir la tendencia, cada vez más generalizada, de aplicar el artículo 60 muy poco tiempo antes de que se produzca la muerte.

Es difícil salir de la droga, en este período, y mucho más si está en la cárcel. Algunos lo han conseguido, casi siempre solos, o con apoyo de fuera, difícilmente con la colaboración y comprensión de la institución penitenciaria y casi siempre con un elevadísimo coste personal que más tarde, ya en libertad, pagarán con creces.

Fuera de la cárcel es más posible, pero en algunas personas, especialmente lúcidas y en las que la droga aún no ha causado un excesivo deterioro. En otros casos, en la mayoría, la rutina y el desencanto no son suficientes para dar el grito por la vida.

Del desencanto al hastío: "Si no las tomo es peor".

Si el individuo continúa en esa dinámica, si no se le ayuda, porque es muy difícil que pueda salir por sí mismo, entrará en un proceso acelerado de autodestrucción, donde ya la droga no cumple ni siquiera el objetivo de atenuar los efectos de su ausencia, cuando ya consume únicamente porque no consumir es peor, cuando el deterioro físico, psíquico y relacional es muy elevado.

Muchos se han quedado por el camino a causa de una sobredosis, del SIDA o de cualquier otra causa, pero si ha sobrevivido sin salir del terrible atollado de la interacción droga-cárcel, su situación se hace crítica, tanto desde el aspecto de su comportamiento y del consiguiente conflicto con las instituciones de control social como desde el de su estado físico y mental.

Se establece entonces una relación de "amor-odio" con la droga, sabe que necesita dejarla pero no se atreve. Es muy posible que lo haya intentado o que, al menos, lo haya pensado, pero la droga es más fuerte que él, que ya es plena y dolorosamente consciente de su vulnerabilidad y del desastre en que se ha convertido su vida.

Ocurre como en esos matrimonios que hace ya mucho tiempo que la relación no les aporta nada, pero en los que la rutina y el desencanto no son suficientes para propiciar la ruptura, sino que tienen que profundizar más y llegar al hastío, a pesar de que seguir juntos únicamente conduce a esa relación de "amor-odio" de que hablaba antes, pero donde el odio va haciéndose cada vez más el protagonista, hasta llegar a un enorme sufrimiento por ambas partes que conduce a una situación en la que ya ningún tipo de reconciliación es posible, donde ya no cabe ninguna relación. Pero ninguno se atreve a dar el paso, aún sabiendo que cada día que pasa profundiza más el deterioro personal y de la relación. Después, si han logrado romper esa cadena, posiblemente no sean capaces de comprender por qué esperaron tanto.

Algo parecido ocurre con la droga; la persona espera, no sabe qué, demora la decisión, incluso sabiendo que cada día que pasa va a ser peor. Y esta espera es dramática, porque su

deterioro físico, psíquico y relacional avanza apresuradamente y después, más tarde lo veremos, su recuperación, a esos tres niveles, va a ser mucho más difícil.

Nada le vincula ya a la droga, pero no se atreve. “*Qué haces ahí todavía*” he dicho muchas veces, y no me dan respuesta, porque no la tienen. Y esa permanencia en la droga, como en el matrimonio, es un profundo atentado a la propia autoestima como ser humano.

La decisión ineludible: El “divorcio” o la muerte.

En ocasiones, es posible que en algún momento de este período ocurra algo –no tengo muy claro qué– que detenga la evolución lógica de este proceso de muerte. Pasa lo mismo en esos matrimonios que he estado usando como ejemplo. Llega un momento o, mejor, podría llegar, en que las cosas maduren, al menos para uno de los miembros de esa “extraña pareja”, y que se presente algún detonante que haga “saltar por los aires” la relación. Puede ser la aparición de otra persona, pero no será la causa, sino simplemente el detonante, porque la carga explosiva se ha estado acumulando durante mucho tiempo.

En este sentido, me he encontrado con personas que, cuando ya no tienen nada ni esperan nada, cuando lo más lógico sería abandonar, reaccionan e intentan salir adelante, a veces precisamente cuando todo se les vuelve radicalmente en contra.

He sido testigo asombrado y maravillado de luchas titánicas para vencer simultáneamente a la cárcel, a la droga y al SIDA, y tengo el privilegio de poder echar una mano a esas personas colaborando en la solución de sus historias judiciales o simplemente ayudándoles a poner algo de orden en su vida. Pero, ¿qué es lo que les impulsa, después de una historia de vida aterradora en la que yo, desde luego, no hubiera sobrevivido, a salir adelante, a dar un grito por la vida cuando ya la muerte tiene que parecer más atractiva?. Por supuesto, cada individuo es un mundo, y ninguno de los que me han permitido profundizar en su vida ha sido capaz de darme una respuesta clara. En mi opinión, se trata de un último rescoldo de dignidad lo que hace que la persona reaccione. Desde luego, ésta no es una hipótesis contrastable mediante ningún tipo de metodología científica, pero es esencial conocer la respuesta.

Aunque la ciencia no sea capaz de abordarla, como en tantas otras ocasiones, es imprescindible que persigamos la respuesta, y no son pocos los recursos de que disponemos si somos capaces, una vez más, de llegar hasta el problema y no limitarnos a nuestra, en no pocas ocasiones, superficial metodología científica basada en la cuantificación y partimos de que nosotros mismos, directamente, sin necesidad de intermediarios, podemos ser un buen instrumento de observación, de diagnóstico y de intervención.

El final del camino. Algunos, tal vez muchos, pero no todos, no logran dar nunca ese grito por la vida, porque no lo intentan, porque no lo consiguen o porque cuando lo intentan es ya demasiado tarde. Sin duda es una situación dramática: su deterioro físico, mental y relacional está muy avanzado. Se sabe sin esperanza, y se abandona. Ha perdido hasta el último resquicio de dignidad y sigue así, en un “*camino hacia ninguna parte*”.

También ocurre en muchos matrimonios que no funcionan, que por mucho tiempo que pase, siguen juntos, odiándose o ignorándose, pero retenidos por un montón de cadenas económicas y de miedos personales, que seguirán así de por vida, también en un camino hacia ninguna parte.

Aquí sí que ya no es posible seguir con el símil que he estado haciendo respecto al proceso de drogadicción como proceso de enamoramiento, porque con la droga no se puede seguir indefinidamente. Por eso, si no consigue salir, lo único que puede esperar es la muerte y, en su estado, más temprano que tarde, y a menudo espera la muerte como auténtica liberación de la droga.

BIBLIOGRAFÍA

- FREITE, P. (1975); *Pedagogía del oprimido*. Madrid: S. XXI.
FUNES, J; ROMANI, I. y ALFONSO, O. (1985); *Dejar la heroína*. Madrid: Cruz Roja.
VALVERDE, J. (1996, 3ª ed); *El proceso de inadaptación social*. Madrid: ed.Popular. (1ª edición, 1988).
VALVERDE, J. (1996), *Vivir con la droga: experiencia de intervención sobre pobreza, droga y Sida*. Madrid: Pirámide.

TESTIMONIO*

A quien pueda interesar

Un día de un determinado mes y año, me confundí como otras tantas veces, pero a lo que hago referencia ahora fue la confusión más grande en mi vida personal jamás cometida.

Por motivos diferentes, hay personas que en el recto camino de la vida encuentran ciertos desvíos y se hacen peregrinos de ellos. Desvíos que a corto o largo plazo les traen muchos problemas, dependiendo del riesgo que quieran correr.

En mi caso, la desviación fue brutal y descomunal. Empieza en una época de mi vida en donde por estupidez o ignorancia quise experimentar con sustancias que al cuerpo humano le hacen mucho daño, por ejemplo la heroína.

Yo traté con esta droga como si de mi mujer se tratara, porque lo hacía todo para ella, trabajaba para ella, vivía para ella sin darme cuenta del error que cometía al dedicarle todo mi tiempo.

Sabes que cuando tienes una mujer que comparte tu vida, es una relación que te limita a dejar de hacer muchas cosas que cuando soltero hacías; bueno, yo con mi heroína también estaba limitado, porque uno de los principios que tiene un hombre es el de vivir la vida, y

* De René, una persona atendida por el Dr. Jesús Valverde Molina.

una mujer es la vida misma; como la naturaleza tiene sus dones, la vida también los tiene, pero durante todo este tiempo para mí nada de esto era aplicable.

Al final de toda esta historia real, puedo sacar la conclusión de que la heroína me ha traicionado, no solo porque me haya privado de libertad, sino porque también me ha privado de muchas cosas en todo el tiempo que duró nuestra relación, diez años.

Diez años en los que dejé de hacer muchísimas cosas. Cosas normales y naturales a las cuales cualquier ser humano no renunciaría.

Quién no ha salido un viernes por la noche y se ha tirado un largo amanecer?, es decir, un “puenting”. Sales de casa bien vestido, bien perfumado y bien comido, después te reunirás con algunos amigos y más tarde te lanzarás a la captura de alguna especie, aunque ésta esté en extinción y, una vez que hayas logrado el objetivo, disfrutar de la noche para cuando llegue la mañana incorporarte a la jornada de trabajo todo resacado, pero cumpliendo con lo que debes hacer. Pues ya ven, de todo esto me ha privado esta falsa “mujer”, la heroína, que un día tocó a la puerta de mi vida y se quedó para un largo tiempo.

Por eso ahora, después de esta experiencia negativa en mi vida, sugiero a todo el que haya visto a esa mujer que se olvide de ella y, que si a su paso les mira, la ignoren y piensen que hay otras que, aunque problemáticas, seguro que son mejores que ella.

¡ Olvida esa mujer, mi hermano;

RENÉ